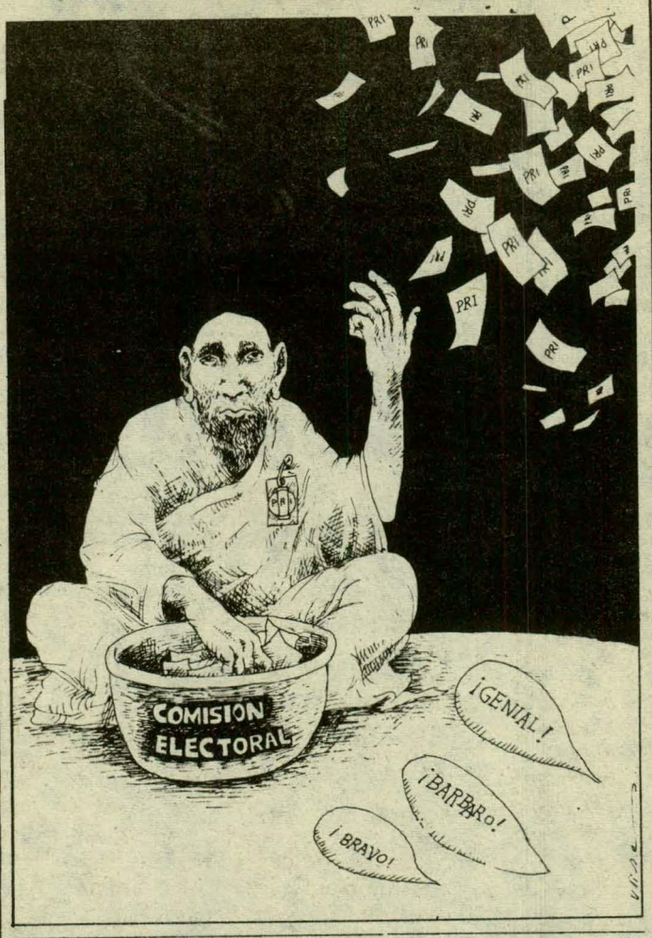
PLAZA DOMINICAL



MULTIPLICACION DE VOTOS ■ Ulises

Miguel Angel Granados Chapa ■ *El modelo Martínez Domínguez*. Pésimo será el final del proceso electoral si en los cómputos distritales de hoy se impone el *modelo Martínez Domínguez*, que tanos disturbios está causando en Nuevo León. Si la forma de hacer política de que es epíome el gobernador de esa entidad es la que prevalece en los recuentos que se practican hoy en los 300 distritos del país, nuestra tentativa democrática sufrirá no sólo un renazo abrupto, sino que caminará en reversa a gran velocidad.

He aquí un testimonio de cómo ocurrió la calificación de las elecciones para gobernador hace seis años. La cita es de José Angel Conchello, que fue el adversario de Martínez Domínguez en 1979. No se trata, por ende, de una versión imparcial, pero sirve para ilustrar cómo se han hecho las cosas entonces y ahora:

"El jueves al mediodía, con el Palacio de Gobierno pertrechado de bayonetas y apoyados por los líderes taxistas, el Congreso del estado, quince serviles diputados, le dieron el triunfo al candidato del PRI, realizando a la vez un imposible y un absurdo.

"Un imposible, puesto que los diputados se constituyeron en Colegio Electoral el lunes por la mañana. Había mil 225 casillas en todo el estado; en cada una de ellas había dos urnas electorales, una para diputados y otra para gobernador. El Colegio Electoral, de acuerdo con la ley, tenía que dar fe de que no había violencia en los sellos, abrir el paquete, estudiar los expedientes, hacer los cómputos de votos y dictaminar luego cada uno de los 2 mil 450 paquetes, hacer una lista y sumar todos; preparar el dictamen de quince distritos y finalmente el de la elección para gobernador.

"Pero revisar, 2 mil 450 paquetes electorales en sólo 72 horas continuas, significaba haber revisado cada uno de los paquetes a un ritmo de 32 actas por hora, una en menos de dos minutos, sin comer y sin dormir, durante 72 horas de agobio en el cumplimiento del deber cívico".

Eso pasó en 1979. Ahora, ese imposible fue mejorado, si cabe decirlo. Esta vez no fueron, para las mismas operaciones —o más, porque el número de casillas creció— 72 horas, sino sólo 48, porque esta vez el Congreso local declaró gobernador electo a Jorge Treviño Martínez el miércoles, y no el jueves, siguiente al domingo electoral. De modo que el imposible de que habla Conchello se ha repetido. Pero esta vez se cometió un absurdo de mucha mayor magnitud que el apuntado por el ex candidato panista a la gubernatura.

Esta vez el dictamen sobre las elecciones rompe todos los precedentes de amañamiento electoral. Las cifras manejadas para los dos principales partidos tienen, al menos, la ventaja de la congruencia con las de hace seis años. Entonces, el dictamen del Colegio Electoral determinó que el PRI había obtenido 423 mil votos y que el PAN había llegado a 122 mil. El apresuramiento hizo que los resultados de entonces, sin embargo, tuvieran apenas un leve parentesco con las cifras de las elecciones federales. El PRI obtuvo, en la elección de diputados federales, sólo 269 mil 604 votos, de modo que el dictamen local obligaba a creer que la popularidad del candidato a gobernador era tan abrumadora que, en las mismas casillas, en el mismo acto, la votación en su favor había sido de casi el doble de la emitida por sus compañeros de partido. El torcimiento de las cifras locales, dando por buenas las federales, quedaba así de manifiesto.

Ahora ha sido peor. Esta vez se dictaminó que el PRI había tenido alrededor de 508 mil votos y que el PAN llegó casi a los 200 mil. Será aplicable a esas cifras el razonamiento asombrado que consta en el párrafo anterior. Pero la novedad ahora, lo que hace grotesco el dictamen, lo que enseña con monstruosa claridad los extremos del desdén por la opinión ajena que afecta a Martínez Domínguez, son los resultados atribuidos al Partido Socialista de los Trabajadores, al Popular Socialista y al Demócrata Mexicano.

El PST obtuvo la muy exigua cantidad de 867 votos en su primera incursión electoral en Nuevo León, en 1979, y pasó a 4 mil 266 tres años más tarde. Fue un crecimiento notable, proporcionalmente, es verdad, pero en términos absolutos la cifra seguía siendo muy menor. Ahora, sin que en el inter se hubiera producido un movimiento de masas que explicara el resultado, sin que ninguna circunstancia pública permita explicarlo, se asignaron al PST 39 mil 088 votos, cuarenta veces el monto de los obtenidos en su primera incursión electoral, diez veces, casi, el de la segunda. Por su parte, el PPS, que nunca ha tenido siquiera cinco mil votantes y que en 1979 llegó a su cifra más baja al totalizar apenas 1 mil 272, aparece como dueño de la voluntad política de 26 mil 211 ciudadanos. Y semejante inflación benefició al PDM, que de un breve manojo de 622 votos en 1979 y de 3 mil 772 en 1982, se alzó ahora con veinte mil. Nótese la peculiaridad de este último alineamiento. Los del PST y el PPS con el gobierno no extrañan. Esa es su razón de ser. Pero el PDM parecía ser otra cosa. Ni siquiera sus más allegados y entusiastas seguidores creerán en el crecimiento legítimo de ese partido en Nuevo León, y ello ha de repercutir en su situación interna, pues no serán muchos los sinarquistas que quieran pertenecer a un partido que se alía con el gobierno y el PRI para hacer chanchullos electorales.

Acaso se tachen las comparaciones anteriores de impertinentes, porque cotejan peras con manzanas, ya que unas cifras se refieren a elecciones federales y otras a locales. Pero no hay razón de peso para admitir diferencias tan notables entre unas y otras. Sólo lo explicaría la presencia de un candidato a gobernador de gran atractivo, capaz de movilizar a las masas por encima de los imanes partidarios mismos. Pero aparte la dificultad de que ese mismo factor excepcional se hubiera producido en tres casos simultáneamente, queda claro que no es así en el caso del profesor Máximo de León, antiguo dirigente del Partido Comunista en Nuevo León, pasado ahora a las fuerzas del PST, que no es precisamente el caso de un dirigente de masas que haya conducido a éstas a volcarse en apoyo electoral a su nuevo partido.

No. Lo que ha ocurrido en Nuevo León, digámoslo con toda llaneza, es que se impuso allí una manipulación exagerada, y por lo mismo insultante, de las cifras electorales, y que ello fue posible porque las autoridades locales echaron de las casillas, a veces por la fuerza, a los representantes de la oposición que hubieran podido contrarrestar, o al menos hacer constar, el fraude electoral que sin duda se ha cometido. No sé si Fernando Canales Clariond obtuvo el número de votos necesario para ser gobernador en vez de Jorge Treviño. Pero lo que puede asegurarse con las evidencias anotadas es que las cifras oficiales intentan burdamente engañar a los ciudadanos.

Durante los cómputos federales realizados en la jornada de hoy sabremos si el comportamiento de Martínez Domínguez ha sido avalado por el gobierno federal o si queda aún la posibilidad de un manejo más higiénico de los comicios para renovar la Cámara de Diputados. Martínez Domínguez no es un lobo solitario de la política. Representa una corriente que, sin duda, buscará hacer prevalecer ese modelo en la computación y la calificación de las elecciones. El gobernador de Nuevo León ha puesto en obra la tesis de que el PRI tiene derecho a escoger su oposición. El lo hizo con medios grotescos, como manipular el dictamen de calificación, pero en el ámbito nacional eso mismo puede hacerse apelando a métodos menos hirientes de la formalidad legal.

Una porción del PRI, la que se agrupa en el sindicato petrolero, ordenó a sus afiliados votar en las elecciones plurinominales por el Socialista de los Trabajadores. Si esa misma instrucción se repitiera a lo largo del país, tendríamos a la mayoría diseñando la magnitud y el comportamiento de las minorías, lo cual destruye la esencia de la reforma política. Y lo que es peor, se procedería así con motivaciones dañinas de la legitimidad política, pues el PST es un partido artificial, creado para servir a propósitos de distracción y simulación que, si son sacramentados ahora, dándoles una dimensión de la que carecen, contribuirán a que se descrea en mayor medida de las intenciones democratizadoras del gobierno.

Las elecciones de hace una semana fueron tranquilas. Nos ufanamos de ello, y todo el mundo hace notar que si hubo violencia, ocurrió en proporción mucho menor de la esperada, y que hubo irregularidades, pero pocas. Con tales criterios aritméticos, exculparíamos por ejemplo, a una madre que atormentara a su hijo pequeño con quemaduras de cigarrillo porque la superficie dañada es reducida en relación con la epidermis toda y en relación con la que no sufre laceraciones. Pero la tranquilidad de la jornada electoral dejará de ser un factor estimulante y se convertirá en desinterés adormecedor, si el manejo de las cifras electorales responde al *modelo Martínez Domínguez*.